

Jules Falquet

El movimiento de mujeres en la "democratización" de posguerra en El Salvador¹

¿Quién, en los años ochenta, no ha visto el famoso cliché representando a una mujer centroamericana con uniforme de guerrillera, cargando orgullosamente por un lado su kalachnikov y por el otro, un futuro revolucionario aún de pecho? Durante los doce años de guerra civil revolucionaria que azotaron El Salvador, entre 1981 y 1992, de cada tres guerrilleros, una era una mujer. *Valiente combatientes y madres admirables*: la participación de las mujeres en los movimientos revolucionarios y las luchas armadas centroamericanas es un fenómeno relativamente conocido - aunque insuficientemente analizado. En cambio, su suerte en la posguerra aún sigue siendo un misterio, como si se retiraran silenciosamente dentro de las cocinas y las familias, dentro de la invisibilidad del mundo privado y de la vida cotidiana de las cuales excepcionalmente habían salido. Sin embargo, las cosas no son así. O más bien, esta vuelta a cierta *normalidad* que representa la paz no se da sin que broten chispas. Chispas de rabia en los ojos cuando una está ahora desarmada/o delante de un militar abusivo, chispas de dolor al pasar frente a los cementerios, chispas revolucionarias también, ahora que la guerra ya no es la única preocupación y que de nuevo, se puede soñar con *una vida diferente*.

Aquí intentaremos hacer ver lo que está en juego, los límites y las nuevas posibilidades que abre la posguerra salvadoreña, para las mujeres y gracias a su movimiento. Más específicamente, después de una breve reseña histórica, mostraremos como surgió precisamente al principio de la posguerra un fuerte movimiento de mujeres, del cual un importante segmento empezó a reivindicarse como feminista. Este movimiento se inscribe plenamente dentro de la continuidad de la participación de las salvadoreñas - en la guerra, en la lucha - a la vez que marca una ruptura con el pasado más reciente. Analizaremos la forma en que la posición específica de las mujeres en las relaciones sociales de género explica su actitud como personas y como movimiento en la nueva situación social y política de "democratización"², entre 1992

¹ Este trabajo ha sido publicado en francés en la revista *Cahiers du genre* (2002).

Este artículo retoma muchos elementos de mi tesis de doctorado, obtenido en París en 1997 y cuyo título en español se traduciría por: "Mujeres, proyecto revolucionario, guerra y democratización: el surgimiento del movimiento de mujeres y del feminismo en El Salvador, 1970-1994" (Falquet, 1997). Con este trabajo, he contraído una inmensa deuda hacia las mujeres salvadoreñas (por nacimiento o por opción) quienes me abrieron las puertas de sus recuerdos, de sus organizaciones y de sus casas durante más de dos años en que estuve viviendo en el país, entre 1992 y 1994. Este artículo, que apenas expresa mi propio análisis de su inmenso quehacer y de sus largas luchas, quiere ser un homenaje y agradecimiento a todas ellas.

² Utilizo la palabra "democratización" con comillas, por considerar que se trata de un fenómeno muy relativo y finalmente mal definido. Muy relativo en el sentido por ejemplo de que las "elecciones del siglo" de 1994 han sido el escenario de fraudes masivos por parte de la extrema derecha en el poder, o por el hecho de nunca haberse desmantelado los escuadrones de la muerte, y de manera general, porque nunca se puso un verdadero término a la

y 1994, y la manera en que ellas han sido uno de los elementos motores de esta transición de la guerra hacía la paz.

Las raíces históricas

Desde principios de siglo, en El Salvador, las dictaduras militares se sucedieron una a la otra casi ininterrumpidamente, protegiendo sin cesar un puñado de familias que acaparaban la tierra. Desde finales de los años cincuenta, el campo se despierta silenciosamente, bajo el doble efecto de una rápida modernización económica, acompañada por una fuerte migración hacía las ciudades, y luego del trabajo de la teología de la liberación (Opazo, 1985). En este país fervientemente católico, el horizonte de las mujeres fue por mucho tiempo limitado al modelo de María - pura virgen y madre sacrificada. Pero también es gracias a la Iglesia progresista y con la bendición del cura que muchas mujeres - campesinas, estudiantes, madres de familia - empezaron a participar en la vida pública, a través de la Comunidades eclesiales de base.³ En 1970, por escisión del partido comunista, nace la primera organización guerrillera. Durante el decenio, con una crisis económica creciente y victoriosas revoluciones en los países vecinos como telón de fondo, se desarrolla un fuerte movimiento social en el cual juegan un papel central los y las maestras, estudiantes, campesinas y moradoras de los barrios marginales. Auto-denominado *movimiento popular*, poco a poco se va transformando en *movimiento popular revolucionario* y cobra fuerza (Cabarrús, 1985). La brutal represión que es desatada sobre él lo radicaliza, a la vez que lo orientan hábilmente las cinco organizaciones armadas clandestinas que surgen en la década de los setenta (a pesar de sus diferencias, todas presentan la misma mezcla ideológica típica de la región, a saber una afirmada obediencia marxista-leninista fuertemente impregnadas de elementos católicos). En el 1980, esas cinco organizaciones guerrilleras se federan bajo el nombre de Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) y toman oficiosamente la dirección política y militar del movimiento popular. Con el asesinato en plena misa por las fuerzas pro-gubernamentales del obispo Mg. Romero, desaparece cualquier esperanza de transición pacífica y cualquier veleidad de neutralidad. A principios de 1981, el FMLN lanza una ofensiva, la cual espera será *final*. Al contrario, la victoria se hace esperar y la guerra durará doce años. Fuertemente apoyado por los Estados Unidos, la democracia cristiana en el poder comete las peores atrocidades en contra de la población civil y deja que se desarrollen en la más total impunidad los tristemente famosos *escuadrones de la muerte*, que complementan el trabajo del ejército y de la policía (Lungo Ucles, 1991). El país en su casi totalidad se vuelve teatro de operaciones militares (Benítez Manaut, 1989). Se trata de una verdadera Guerra Su-

impunidad de los militares, de la policía y de los asesinos de forma general. Mal definido, porque se va usando indiscriminadamente para cualificar procesos bastante diferentes que se dieron en los 90 en varios países del continente, ya sea de paz (relativa), de caída de dictaduras militares o de alternancia política por medio de elecciones.

³ El gran escritor salvadoreño Manlio Argueta, en su novela más famosa, describe la vida y el compromiso político de tres generaciones de mujeres del pueblo, desde la abuela campesina hasta la nieta guerrillera (Argueta, 1992).

cia, cuyo blanco principal es la población civil, en el marco de prácticas contra-insurreccionales que combinan masacres y terror (Comisión de la verdad, 1993). Las operaciones *psicológicas* tienen como fin la polarización de la sociedad y la militarización de las conciencias (Martín Baró, 1990). Muy poca gente logra escapar al duelo, al secuestro o asesinato de algún familiar, al desplazamiento o al exilio: la guerra causa 90.000 muertes, esencialmente civiles, y desplaza dentro o fuera del país a una de cada seis personas, o sea aproximadamente un millón de personas.

Una parte considerable de la población apoya a la guerrilla. Muchas son las mujeres que ingresan a sus filas (Thomson, 1986). Lil Milagro Ramírez es una de sus primeras mártires. La joven comandante Ana Guadalupe Martínez, arrestada y torturada, conmueve la opinión al publicar su testimonio antes de volver a la montaña (Martínez, 1981). Incluso la revolución casi hubiera podido ser liderada por una mujer, la maestra y sindicalista Mélida Anaya Montes (comandante Ana María), quien durante varios años fue la número dos de las FPL (Fuerzas Populares de Liberación), la más importante fuerza del FMLN, antes de que su propio jefe la mandara asesinar en 1983, en uno de los episodios más doloso de la historia de la organización. Más globalmente, las mujeres se incorporaron tanto en los frentes de guerra - como cocineras, auxiliares de salud o combatientes - como en las organizaciones populares y de derechos humanos que luchaban por la paz (Gargallo, 1987). Las mujeres que tomaron el camino de las armas a menudo mencionan como ejemplo heroico, al *pelotón Silvia*, exclusivamente compuesto por mujeres y llevado al combate por Ileana, una joven campesina que murió en combate a los veintinueve años (Carter, Loeb, 1989). La comandante Nidia Díaz también suscitó gran admiración por su cercanía con la población campesina de San Vicente y su valor cuando fue detenida y torturada por el ejército, como lo cuenta en su conmovedor testimonio *Nunca estuve sola* (Díaz, 1991). Muchas mujeres civiles por su parte, se inspiraron en Comadres, un grupo de madres, esposas o hijas de personas desaparecidas, que se formó desde 1977 con el apoyo de Mg. Romero y jugó un papel clave para denunciar las exacciones de los militares, a pesar de la violenta represión que el gobierno no dejó de ejercer en su contra (Navas, 1987).

Las salvadoreñas en la posguerra: situación material y psicológica

El primero de enero 1992, la guerra termina oficialmente con la firma de unos Acuerdos de paz entre el FMLN y la extrema derecha, que está en el poder desde 1989. Empieza entonces un nuevo período: el de la transición a la democracia, que supuestamente acontecerá entre el final de la guerra y las elecciones generales convocadas para principios de 1994. Durante estos dos años y tres meses, el país vive una rápida transformación, marcada por la esperanza, para ambos bandos, de ganar por medio de las urnas lo que las armas no permitieron definir. La desmilitarización y la desmovilización empiezan, siempre en medio de una fuerte crisis económica, que sigue empeorando después de una breve mejoría vinculada con el dinero de la *reconstrucción*. De forma caótica, el país se despierta de una larga pesadilla de miedo y muerte e intenta tomar la exacta medida de las transformaciones que la guerra causó y que la paz permitirá talvez consolidar, o al contrario, borrar

con el pretexto de *volver a la normalidad anterior*. Rápidamente, se van acumulando las desilusiones.

Para las mujeres especialmente, esta vuelta a la paz está sembrada de trampas. Incrédulas y luego furiosas, se dan cuenta que ni siquiera se les menciona en los Acuerdos de paz (Concertación, 1992). Ciertamente, el fin de las hostilidades tiene significados muy diferentes para las campesinas y para las mujeres de los barrios marginales o para las mujeres de clase media, para las estudiantes o las obreras, para las ex-combatientes⁴ o las civiles. Sin embargo, surgen problemas comunes.

Primero, el de la sobrevivencia económica. La mala voluntad evidente del gobierno a la hora de cumplir con los Acuerdos de paz refuerza los devastadores efectos de la política neoliberal que aplica. En lo que a las desmovilizadas de la guerrilla se refiere, ninguna de las cinco organizaciones puede ya velar por sus necesidades (Fundación 16 de enero, 1993). Y a la hora de buscar trabajo, las *cualificaciones* adquiridas durante la guerra por las mujeres y por los hombres no tienen el mismo valor. Muchas mujeres pasaron doce años preparando las tortillas e incluso las *brigadistas de salud* no tienen ningún diploma que sea reconocido en la vida civil. *El partido* recoge en lo más que puede a los hombres - algunos aprendieron a manejar un carro y pueden volverse chóferes, otros se han vuelto excelente guardaespaldas, otros aún pueden seguir desarrollando sus talentos como permanentes políticos. Pero *el partido* frecuentemente olvida a las mujeres: solo un puñado de ellas pueden darse el lujo de seguir dedicándose a la lucha política. Para las y los ex-combatientes de la guerrilla, los Acuerdos prevén la entrega ya sea de una pequeña parcela, ya sea de un dinerito para reinsertarse en la vida civil. Pero *la organización* a menudo olvida de mencionarles a las mujeres que para obtener dichos beneficios, hay que registrarse en listas *ad hoc* (Mujeres por la dignidad y la vida, 1993: 3). Dicho sea además, muchas mujeres rurales no manejan el conjunto del proceso agrícola y son excluidas del crédito y de la capacitación técnica, imprescindibles para poder desempeñarse en el campo (Navas, 1992). Y en cuanto a formar micro-empresas, las mujeres no reciben apoyo técnico y el tipo de actividades que les asigna la división sexual tradicional del trabajo son poco lucrativas y rara vez permiten escaparse del inframundo de la economía *informal* (Mujeres por la dignidad y la vida, 1993: 2).

Luego, la vuelta a la paz viene acompañada por una fuerte tendencia a querer cerrar lo antes posible lo que está siendo presentado como un penoso paréntesis en la historia del país. Este volver atrás al pasado es también una vuelta a *la paz* del seno familiar. Pero para muchas militantes revolucionarias, esta tan esperada vuelta a la *normalidad* es un trauma. Las más jóvenes sólo conocieron a la guerra y tenían como única familia la gran familia revolucionaria, la cual se está desmovilizando y desmembrando. Durante la guerra, la organización y las y los compañeros velaban

⁴ Retomando la definición que de ellas dieron los Acuerdos de paz, aquí llamaremos ex-combatientes todas las mujeres que hicieron parte de las estructuras político-militares del FMLN, igualmente si han sido comandantes o cocineras, si han estado en los frentes de guerra rurales, en la clandestinidad urbana, o en el *frente metropolitano*.

por ellas, tanto en lo emocional como en lo material, pero ahora cada cual debe buscarse la vida como puede. Entre las mujeres de más edad, muchas tuvieron que dejar a sus hijas e hijos a familiares, para dedicarse de lleno a la lucha. Frente a esta difícil decisión, las apoyaba *la organización* - sobre todo moralmente, pero también materialmente⁵. Ahora ya se terminó esa época: bruscamente se vuelven a encontrar con hijas e hijos ya grandes, que apenas las reconocen y expresan ruidosamente su amargura por haber sido *abandonadas/os*. Los padres se volvieron mártires o héroes. Las mujeres, por su parte, vuelven a ser madres - malas madres que tomaron las armas por aventurismo y seguramente empujadas por una inmodesta sed de gloria personal, y de las cuales se chismea al verlas volver de la guerra con las manos vacías.

Un tercer trauma está vinculado con la memoria histórica del país y los recuerdos personales que cada persona guarda de la guerra. El dolor, el duelo, no pudieron ser elaborados durante el conflicto. Y soportar la pena, personificarla, mantener la unidad, la cohesión, la esperanza y la vida de las familias y de la comunidad, es en El Salvador un papel tradicionalmente impartido a las mujeres. Son ellas, sobre todo, que cargaron con *el dolor invisible de la guerra* (Garaízabal, Vásquez, 1994). De hecho, serán las primeras en trabajar el tema de la *salud mental* y en intentar recobrar la suya, seriamente deteriorada por las múltiples violencias causadas por la guerra. Por un lado, muchas padecen de numerosos afecciones pos-traumáticas causadas por el despliegue de la represión y de la guerra de *baja intensidad*. Por el otro lado, algunas militantes revolucionarias empiezan a reflexionar sobre las ventajas y desventajas de *haberse transformado en hombres*, en revolucionarios *neutro-masculinos* según el modelo del guerrillero heroico, para entrar a la guerra. De hecho, psicológicamente, esa transformación a veces ha sido vivida con mucho dolor. Sobre todo, ¿qué hacer ahora en la paz con esas nuevas identidades a tan elevado precio construidas - independientes, voluntarias, en ruptura con el orden establecido - identidades que ya no tienen cabida en las relaciones sociales de género tradicionales a las que los hombres del país pretenden volver?

Finalmente, cuando se esperaba la paz, se observa durante la posguerra un aumento considerable de la violencia. Primero, no se extinguió la violencia llamada política: los escuadrones de la muerte no han sido desmantelados y no lo serán nunca y muchas y muchos ex-revolucionarios que dejaron la clandestinidad siguen temiendo por su vida. Luego, y sobre todo, muchos hombres no entregaron sus armas. Muchos otros consiguieron armamento: no hay trabajo y el asalto individual o en bandas aparece para ellos como una alternativa. Durante la guerra, muchas mujeres se hallaban en la incómoda posición de civiles vulnerables delante de hombres poderosamente armados. En la paz, no cambia mucho su situación: ya no es de los soldados sino que de las pandillas armadas que ellas tienen que temer agresiones. La calle sigue siendo para ellas un espacio poco seguro, mientras que la familia recompuesta

⁵ Por ejemplo, la madre de un celebre combatiente, el comandante Camilo, que hemos entrevistado, era responsable de una *guardería* del partido en el exterior del país. Viuda y recibiendo solo una ayuda económica esporádica por parte del partido, tuvo a su cargo durante varios años, ocho hijas e hijos de combatientes, entre los cuales algunas nietas y nietos.

y empobrecida se revela cada vez más como un espacio de violencia. Dicha violencia apenas empieza a ser estudiada de manera sistemática y denunciada por las organizaciones de mujeres.⁶ Según el primer estudio realizado en el país, el 57% de las mujeres que viven en pareja son golpeadas por su compañero (Cañas, 1989). Las organizaciones de mujeres afirman que no solo se tiene que acabar con la violencia de guerra: también mata la violencia doméstica. Las Salvadoreñas luchan por una paz que sea más que el silencio de las armas (Cañas, 1992).

Movimiento de mujeres y feminismo

Es precisamente durante este periodo de transición que aparece un movimiento de mujeres poderoso e innovador. Basado primero en las militantes revolucionarias - civiles y ex-guerrilleras - a las que poco a poco se suman mujeres de diversos otros sectores, se afirma desde comienzos de 1992 por medio de numerosas acciones públicas y un proceso de lucha para la democratización, vinculado con una clara toma de autonomía de cara a la hegemonía política de los partidos. El año siguiente, construye su unidad y desarrolla con rapidez una nueva identidad sui-generis, *el feminismo salvadoreño*.

Tan tempranamente como en el mes de febrero 1992, estando apenas seca la tinta al pie de los Acuerdos de paz, las Salvadoreñas organizan su primer encuentro nacional, al que asisten trescientas mujeres de todo el país representando a cerca de cincuenta organizaciones.⁷ Las lenguas se desatan y las críticas llueven, tanto en contra del gobierno, como hacía la Iglesia y las organizaciones populares y partidarias, de las cuales provienen muchas mujeres. Sobre todo, se ponen a estudiar con detenimiento los Acuerdos para elaborar una estrategia de participación en el proceso de paz. Presentes en la guerra, no piensan en absoluto replegarse en sus hogares, aunque para seguir participando tengan que apelar a sus roles tradicionales - una manta de aquella época reza: *porque damos la vida, queremos cambiarla*. Por medio de este encuentro como a través de numerosas acciones callejeras (marchas del 8 de marzo, del 1ro de mayo), las mujeres indican con vigor que son una fuerza social con la que hay que contar.

Las mujeres cuentan incluso entre las más radicales: mientras que el FMLN evita lanzar cualquier acción por miedo a la represión, unas decenas de mujeres deciden por voluntad propia bloquear pacíficamente el centro de la capital para protestar contra la carestía y la introducción del IVA (impuesto sobre el valor agregado). El año siguiente, sin que el FMLN diera mayor muestra de implicación en tan grave asunto, algunas feministas apoyan una huelga de hambre para exigir el desmantelamiento real de los escuadrones de la muerte. A principios de 1994, justo an-

⁶ Creando un gran escándalo - en especial entre sus compañeros revolucionarios del partido, atareados con cuestiones mucho más importantes - el primer grupo de mujeres que se atrevió a abordar este tema, durante la guerra, ha sido la CONAMUS, con el siguiente lema: "La violencia contra las mujeres no es natural: ¡Denúnciala!"

⁷ En realidad, ya había habido un primer encuentro de mujeres en 1988, durante la guerra, pero las organizadoras del encuentro de 1992 parecen ignorarlo y llaman a su encuentro *primer encuentro nacional*.

tes de que se acabe la campaña electoral, y mientras que el FMLN guarda un prudente silencio, unas militantes de Mujeres 94 visitan a las y los huelguistas quienes durante más de un mes ocupan los hospitales públicos para obtener un mejoramiento de sus condiciones de trabajo. Finalmente, y aunque se trate de una acción espontánea y de naturaleza diferente, es interesante notar que son las vendedoras ambulantes del centro de la ciudad, muy molestas con el alcalde de extrema derecha de la capital que pretende *reubicarlas*, que por poco desatan un baño de sangre al lanzar piedras sobre su servicio de seguridad el día en que se encontraba clausurando su campaña presidencial en el centro de San Salvador. Los militantes políticos a menudo tachan a las mujeres de emotivas, reprochándoles su falta de sangre fría. ¿Pero no será más bien que ellas actúan según su conciencia y el estado del presupuesto familiar, sin perderse en cálculos electoralistas - precisamente porque su posición social y política parece de antemano apartarlas de los puestos de responsabilidad política y de las candidaturas a la diputación?

De igual manera, las salvadoreñas toman muy en serio la democratización y luchan con vigor para ella. Es precisamente esa lucha que les permitirá constituirse como verdadero movimiento social, llevándolas a autonomizarse gradualmente - organizacional pero sobre todo ideológicamente - de los partidos, de los cuales nacieron la gran mayoría de las organizaciones de mujeres. Primero, muy rápidamente, son las mujeres que encabezan la lucha por la democratización interna del FMLN (Zamora, 1996). El autoritarismo vinculado a la jerarquía, la clandestinidad y la compartimentación de las informaciones, había dado pie a muchos abusos. Los jefes revolucionarios, que las mujeres una vez tomaron por infalibles ídolos, bruscamente aparecen como jefes a veces corruptos, a menudo dispuestos a utilizar su prestigio para obtener *favores sexuales* de sus subordinadas (Baires, Murguialday, 1993). Por otra parte, si bien es cierto que durante la guerra, la mayoría de las organizaciones de mujeres había aceptado *por la Causa* ser utilizadas como fuente de financiación para las organizaciones clandestinas, en época de paz, algunas empiezan a hallar anormal que el partido ya nos las *ayude* pero siga usando su imagen y sus recursos para sus propios fines. Desde el punto de vista organizativo, algunos grupos toman sus distancias con los partidos - aún más, dado que algunos partidos no hacen grandes esfuerzos para que ellas se queden. Durante todo este período, de hecho, las organizaciones de mujeres se multiplican y parte de ellas se autonomizan cada vez más, en términos ideológicos (Baires, Murguialday, 1993). Dentro del movimiento popular, las organizaciones de mujeres son entonces las primeras en plantear el problema de las relaciones con los partidos y a reclamar su autonomía.

Finalmente, muchas salvadoreñas ya no quieren que los grupos de mujeres sigan funcionando como estructuras político-militares. Estimando que ya es tiempo de desmilitarizar y *despatriarcalizar* sus propias organizaciones, se lanzan a la busca de nuevas formas organizativas. Espacio de coordinación de los grupos más innovadores, la Concertación de mujeres por la paz, la igualdad y la dignidad, probablemente es el mejor ejemplo de ello: la participación es libre y la opinión de cada mujer cuenta, ya sea que represente a 1000 mujeres o a ella misma, que pertenezca a uno u otro partido del FMLN, que sea salvadoreña o extranjera. Las mujeres de la Concertación incluso reflexionan sobre el gusto de estar juntas y la amistad que las po-

dría unir, en vez de las relaciones jerárquicas, del sectarismo y de la permanente búsqueda de correlación de fuerza que hasta el momento habían caracterizado para ellas la práctica política.

Durante el año siguiente, en el 93, el movimiento se desarrolla y afirma su carácter feminista. Alrededor de dos proyectos unitarios, se percibe una verdadera estrategia de construcción organizativa e ideológica del movimiento - el cual aparece así claramente como el movimiento social más organizado e dinámico de la posguerra.

El primer proyecto, por orden cronológico, está vinculado al movimiento feminista del resto del continente: se trata de preparar el VI encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, previsto para noviembre 1993 y del cual El Salvador aceptó ser la sede. Tamaña responsabilidad para unas mujeres de las cuales muchas aún no saben exactamente lo que significa la palabra *feminista*: durante toda la guerra, el partido les repitió que se trataba de un peligroso movimiento extranjero, pequeño-burgues, anti-hombres y que dividía la lucha.⁸ Pero las salvadoreñas mantendrán la frente en alto delante de las demás mujeres del continente: si pudieron con una guerra, pueden *aprender el feminismo*... Muchas ex-exiliadas ya se rozaron con él en Nicaragua, Costa Rica y sobre todo en México. Un puñado de extranjeras también se ofrecen para compartir su experiencia, especialmente dos capacitadoras respaldadas por uno de los más antiguos grupos feministas mexicanos, el CIDHAL (Centro para la Comunicación, la Información y el Desarrollo Humano en América Latina). Ya en 1992, la Concertación se declara públicamente feminista, y cada vez más mujeres y organizaciones le siguen el paso. Entre ellas se hallan tanto una recién nacida, el Movimiento de Mujeres Mélida Anaya Montes (MAM), poderosa organización cercana a la ex-guerrilla, como el pequeño grupo clandestino de lesbianas que desde 1992, por primera vez en la historia del país, se organizaron en la Colectiva lésbica feminista salvadoreña de la Media Luna. Cuando llega el tan esperado momento del VI Encuentro, las 1.200 feministas provenientes de todo Latinoamérica y el Caribe hallan en El Salvador un verdadero feminismo, ciertamente heterogéneo en lo ideológico y atravesado por corrientes cada vez más distintas, pero que no tiene nada que envidiarle a sus homólogos del continente. Incluso, sus jóvenes tendencias se asemejan marcadamente a las grandes tendencias del feminismo latinoamericano, en el cual en la misma época se esboza una ruptura entre las *autónomas*, quienes se niegan a entrarle a las lógicas del sistema, y las *institucional-*

⁸ Dos organizaciones ya se declararon feministas antes de la guerra: la primera crea en 1945 un periódico a favor del voto de las mujeres, Tribuna feminista. La segunda, AMES, organiza la participación de las mujeres a la guerrilla entre 1979 y 1985. Del *feminismo revolucionario* que reivindica con vigor en sus comienzos, las emergencias de la guerra la llevan poco a poco a quedarse solo con el lado *revolucionario*. Para el período reciente, el primer grupo que se declara feminista, con muchos conflictos, es la CONAMUS, en 1986. Luego siguen el Centro de Estudios Feministas (CEF) en 1990, después las Mujeres por la dignidad y la vida en 1991, y finalmente, más discretamente, CeMujer, ORMUSA y el IMU

les, atraídas entre otras por las sirenas de la Conferencia mundial de la Mujer de Beijín⁹ (Falquet, 1998).

Igualmente significativa es la segunda gran iniciativa del movimiento de mujeres, que responde por su parte a preocupaciones directamente vinculadas a la coyuntura nacional: para elaborar una plataforma de mujeres de cara a las elecciones, el conjunto de las organizaciones de mujeres se agrupa en una instancia unitaria, Mujeres 94. Fruto de amplias consultas con mujeres de diferentes sectores, la plataforma es presentada públicamente en septiembre del 93. A diferencia de los partidos políticos, cuyas plataformas mencionan escasamente los problemas de las mujeres y a menudo revelan una imagen muy conservadora de *La Mujer* en cuanto Madre (Red, 1993), Mujeres 94 no olvida a las campesinas, ni a las trabajadoras domésticas, inválidas, presas y prostitutas. La plataforma combina reivindicaciones económicas bastante clásicas del movimiento de mujeres con elementos claramente feministas, aún impensables el año anterior, tales como la despenalización del aborto y el respeto a las diferentes preferencias sexuales... e incluso talleres de autodefensa para las jóvenes escolares. Sobre todo, sin usar el término de paridad, pero argumentando que las mujeres constituyen más de la mitad de la población, Mujeres 94 exige para las mujeres el 51% de puestos de responsabilidad y poder en todos los niveles. Su estrategia tiene dos partes. Por un lado, desarrollar la conciencia política de las mujeres, muchas de las cuales son analfabetas y se preocupan fundamentalmente de la sobrevivencia cotidiana de sus familias: Mujeres 94 lanza una campaña para que se inscriban en las listas electorales y publica a su intención una versión popular, ilustrada, de la plataforma. Por el otro lado, presionar a los partidos para que retomen las reivindicaciones de las mujeres. Mujeres 94 interpela a los partidos en varios foros y visibiliza el peso electoral de las mujeres, organizando entre otras cosas una marcha de 5000 mujeres para el lanzamiento de su plataforma. De hecho, nunca se había hablado tanto de las mujeres como durante esa campaña electoral del 94. Cierta esperanza parece autorizada: por primera vez, algunas candidatas a la diputación y a puestos municipales son sensibles a las ideas feministas - varias de ellas están implicadas en Mujeres 94. Sin embargo, no son verdaderas candidatas del movimiento: es en cuanto dirigentes históricas del FMLN que consiguen obtener con duras luchas posiciones elegibles en las listas electorales de sus respectivos partidos.¹⁰

⁹ Evidentemente, el feminismo latinoamericano y del Caribe es mucho más complejo y no se resume a una oposición binaria. Está atravesado por diferencias de clase, de etnia, de posición con relación a la heterosexualidad, nacionales y generacionales, para mencionar solo algunas. Sin embargo, las oposiciones entre *autónomas* e *institucionales* se constituyen en fuerte eje de debate desde el VI Encuentro feminista de El Salvador, y sobre todo en el siguiente encuentro en 1996 en Chile (en la consecuente bibliografía que se encuentra sobre el tema, se podrá revisar entre otro: Saporta, 1992; Falquet, 1994, 1996, 2000; Ungo, 2000).

¹⁰ De hecho, Mujeres 94 como tal no presenta candidatas a las elecciones. Para la silla presidencial, se presenta una mujer, por el partido tradicional de los militares (en realidad, se trata de la esposa del dirigente del partido, que está legalmente en la imposibilidad de presentarse). Para las diputaciones, 5 mujeres con importantes responsabilidades en las diferentes fuerzas del FMLN quedan electas: Lorena Peña, (Comandante Rebeca Palacios, por las FPL), Marta María Vallardes (Comandante Nidia Díaz, PRTC), Gina Córdón (RN,

Signo de la madurez alcanzada por el movimiento, a pesar de múltiples tensiones en torno a las estrategias a seguir, Mujeres 94 supo mantener su unidad a lo largo de su trabajo, que duró más de un año. Es más, el de las mujeres ha sido el primero y único movimiento social en darse una verdadera plataforma. Al principio, las mujeres estaban preocupadas por el hecho de no haber trabajado nunca estas cuestiones y se sentían ignorantes en este campo tan tradicionalmente masculino de la política electoral. Sin embargo, es mucho antes de los partidos que ellas acaban la realización de su plataforma y que son capaces de difundirla.¹¹ También son las únicas en realizar este saludable ejercicio ciudadano: analizar sin tapujos todas las plataformas de los partidos y compararlas con sus propias reivindicaciones. Se dan cuenta entonces desgraciadamente que la oferta electoral está lejos de coincidir con sus demandas: con relación a la plataforma de Mujeres 94, el FMLN y la izquierda en su conjunto demuestran sobre todo sordera y demagogia. En cuanto a la derecha, entre otros los nuevos partidos evangélicos y sobre todo la extrema derecha que está en el poder - y quien finalmente gana las elecciones - propone sencillamente mandar a las mujeres de vuelta a la casa.

¿Otra forma de hacer política?

Floreciendo a favor de la despolarización política del país, el movimiento de mujeres, por su creatividad y su dinamismo, resalta sobre el resto del antiguo *movimiento popular*. Se coloca sin lugar a duda a la cabeza de esta nueva "sociedad civil" que reivindica nuevos espacios de participación y sobre todo una nueva forma de hacer política. Ahora tenemos que analizar la originalidad de este movimiento y su enraizamiento en las relaciones sociales de género tradicionales que dominan en la sociedad salvadoreña.

La originalidad del movimiento radica en varios elementos. Primero, se ha visto, en su autonomía organizativa e ideológica. En un país en que la polarización política ha imperado por más de doce años, dicha autonomía dista mucho de ser evidente. Gracias a sus nuevas perspectivas feministas, el movimiento agarra vuelo al mismo momento en que el movimiento popular, cuyas direcciones han sido absorbidas por el FMLN y las cuestiones electoralistas, se queda sin aliento y se debilita poco a poco sin conseguir renovar su discurso. Sin perder de vista las grandes fechas

suplente), Ana Guadalupe Martínez (Comandante Ana María, ERP) y Norma Guevarra (PC). Sin embargo, Lorena Peña es la única que ha seguido de cerca la elaboración de la plataforma de las mujeres y que se ha comprometido a impulsarla. A nivel local, tanto Mujeres por la Dignidad y la Vida como el MAM han impulsado plataformas municipales de mujeres en las comunidades donde tienen presencia, y algunas mujeres han quedado como consejeras municipales.

¹¹ Durante la investigación de la Red para la unidad y el desarrollo de las mujeres salvadoreñas, las investigadoras hacen preguntas a los responsables (varones) de la elaboración de la plataforma de cada partido. Por poco estallan en carcajadas cuando el responsable de la plataforma del FMLN les confiesa ingenuamente que ha tenido muchas dificultades para entender la diferencia entre una plataforma, un programa y un proyecto de gobierno, por lo cual la plataforma del partido aún no está lista - mientras tanto, la plataforma de las mujeres ya está disponible en versión popular.

políticas del país, el movimiento de mujeres y feminista adopta una agenda adaptada a su ritmo y a sus prioridades. Elabora una reflexión innovadora y valiente sobre *nuevas formas de hacer política* - enfrentándose también con las consecuencias negativas de ello, que van desde la burla hasta variadas medidas de represión, especialmente económicas, por medio de *presiones* sobre las agencias financieras *amigas*. De hecho, el movimiento de mujeres es el primero en reivindicarse de la *sociedad civil*, es decir, de un nuevo espacio político que rompe con el monopolio de los partidos. Durante la guerra, al menor paso de lado, se les acusaba de querer *salirse del guacal*, es decir de querer dividir la lucha. Ahora ya salieron de él, y ya no se dejan intimidar: varios grupos retoman un viejo refrán feminista irreverente: *las niñas buenas van al cielo, las malas van a todas partes*. Se les había prometido el Hombre nuevo - y ellas habían luchado por El con todas sus fuerzas. El carácter muy modesto del resultado, lejos de desanimarlas, las empuja a ir más lejos, pero de otra manera: la consigna que con entusiasmo retoman es el lema del Primer Encuentro de mujeres centroamericanas, realizado en Nicaragua en marzo del 92 *Una nueva mujer, un nuevo poder*. Aquí está la doble originalidad: no solo las mujeres exigen poder para ellas mismas, y ya no necesariamente para las y los dirigentes necesariamente clarividentes de la Lucha Revolucionaria, sino que además, quieren un poder diferente. Como lo explica el preámbulo de su plataforma (Mujeres 94, 1993):

el tipo de poder que hemos conocido, ejercido desde arriba, sinónimo de sumisión, un poder exclusivo y excluyente, que responde a intereses de clase, marginalizó a las mayorías - y especialmente a las mujeres. El tipo de poder que necesitamos es un poder nuevo, participativo y representativo de la diversidad, democrático, descentralizado y basado en el consenso.

Se trata sobre todo de un poder hacer, que prolonga su voluntad de participación, palabra clave y finalmente vaga que hasta aquel momento caracterizó su implicación constante - pero casi siempre subordinada e invisible - en la vida política, pero también económica y social del país. Originalidad también en los temas que las Salvadoreñas ponen de relieve y alrededor de los cuales quieren desde aquel entonces ejercer su poder hacer: se trata de la vida cotidiana en sus múltiples dimensiones, entre las cuales la sobrevivencia material de las mujeres y de sus familias ocupa un lugar importante. Así se debe entender el éxito de un grupo nuevo, Madres demandantes, que surge en el 94. Agrupa a varias decenas de mujeres que diariamente hacen fila delante de la Procuraduría para intentar obtener que se les pague las escuálidas pensiones alimenticias que les deben de pasar sus ex-maridos.¹² La violencia contra las mujeres también es parte de esos nuevos temas. La plataforma de las mujeres exige por ejemplo espacios específicos para poder denunciar las violaciones y violencias a mujeres policías especialmente capacitadas para eso, reclama líneas telefónicas de emergencia, tribunales competentes y la posibilidad de que las mujeres maltratadas puedan seguir viviendo en su casa, siendo protegidas de las posibles

¹² Esas pensiones alimenticias llegan hasta la considerable cantidad de... el equivalente de tres dólares al mes para cada niña o niño. A menudo son entregadas a las mujeres con varios meses de atraso. La ley establece el monto de las pensiones en un máximo de 20% del salario del hombre - si es que él tiene algún sueldo.

agresiones de un compañero violento que hayan dejado. Por otra parte, se desarrolla todo un trabajo nuevo que vincula poder, autoestima y reflexión sobre la subjetividad femenina. El grupo Mujeres por la dignidad y la vida innova con un primer taller sobre "los aspectos sociales y emocionales de la maternidad" (Mujeres por la dignidad y la vida, 1993: 1), siguiendo con un trabajo a más largo plazo de grupos de terapia basada en el principio de ayuda mutua. Estos grupos son especialmente dirigidos a ex-combatientes y demás militantes revolucionarias quienes pasan por muchas dificultades al intentar digerir solas los crueles recuerdos del pasado. Cada día se vislumbra más claramente que la salud mental de las mujeres ha sido gravemente deteriorada por la guerra, pero también por los modelos a la vez desvalorizados, imposibles de alcanzar y contradictorios, de la feminidad tradicional. ¿Cómo puede una a la vez ser Virgen, puta, madre de numerosas criaturas y conservar una cintura de avispa? La violencia doméstica, con su sinnúmero de vejaciones e insultos, refuerza en muchas mujeres el sentimiento de ser unas incapaces e inútiles. Estructuralmente, la autoestima de las mujeres tiende a ser baja - y una baja autoestima a menudo se acompaña de una débil capacidad para proyectarse en el futuro, para actuar sobre el mundo exterior. Esas reflexiones, nuevas, llevan a las salvadoreñas a descubrir hasta que punto la salud mental es a la vez un producto de las relaciones sociales de género y un eje central de su transformación. Las cosas funcionan igual, como se dan cuenta también, con la sexualidad y la libre disposición de sus cuerpos, últimos temas tabúes que empiezan a explorar bajo la mirada preocupada de sus compañeras/os revolucionarias. Hemos visto que la plataforma de las mujeres exige la despenalización del aborto y el respeto a la libre opción sexual. No fue fácil que fuesen adoptados esos dos puntos, pero están mencionados explícitamente: eso constituye una verdadera revolución para las y los ex-revolucionarias.¹³

Para las salvadoreñas, ya no se trata solamente de tomar parte, al igual que los hombres, en la esfera política tradicional, sino que de ampliar el espacio de lo político al espacio considerado como privado, hasta aquel momento visto como femenino y no-político (De Fries, 1993). Por un lado, esa problematización de la vida cotidiana y privada está marcada por la posición tradicional de las mujeres en las relaciones sociales de género, dado que la vida privada y cotidiana son inquietudes *típicamente femeninas*. Al mismo tiempo, hace parte de un intento para trascender la división tradicional del trabajo, exigiendo que tanto hombres como mujeres se preocupen por esas cuestiones y les den un nuevo significado. Al hacerlo, el movimiento de mujeres propone una reflexión global sobre lo político, que interesa tanto a los hombres como a las mujeres. Esta ampliación del sentido de la consigna de las feministas chilenas, de la democracia *en la calle, en la casa y en la cama*,¹⁴ es un elemento fundamental de lo que las salvadoreñas entienden por "democratización".

El movimiento de mujeres salvadoreño, y en especial su vertiente feminista, insistió bastante sobre esa nueva forma de hacer política. Basada en una reflexión

¹³ El FMLN se abstendrá de retomar esos dos puntos en su plataforma, como también se olvidará de la reivindicación de 50% de puestos de poder para las mujeres.

¹⁴ Este lema no es nuevo, lo que sí es nuevo, es que aparece firmado por Mujeres 94 en tres inmensos carteles a lo largo de la carretera Panamericana.

profunda y en esfuerzos reales - de democratización, de ética, de horizontalidad, de cotidianidad, de respeto - esa renovación de lo político, sin embargo tiene límites. Primero, algunas prácticas recuerdan mucho el pasado. Cuando una/o estudia con detenimiento el vocabulario de las mujeres del movimiento, encuentra a menudo términos político-militares heredados en línea directa del marxismo-leninismo-guerrillero: contingente de mujeres, objetivos estratégicos, correlación de fuerzas, victoria. El interés que manifiestan las mujeres por las elecciones - que no es un interés exclusivo, pero que no deja de ser importante - prolonga directamente el objetivo clásico del FMLN: la toma del poder central del Estado. Esta atracción por el poder, mismo siendo definido bajo nuevos términos, crea a menudo rivalidades muy duras, que a veces las mujeres resuelven por medio de novedosos *pactos de damas*, pero también por medio de toda una serie de maniobras políticas de las que los estrategas partidarios no renegarían.

Es más: cuando exigen el derecho de gobernar para ellas también, el derecho a hacer Ley, lo hacen en nombre de las mujeres en general y porque son mujeres. Ciertamente, lo justifican por el hecho que las mujeres han sido marginadas socialmente y que solo están exigiendo lo que les es debido. Pero esta misma noción de lo que les es debido es ambigua: por un lado, repiten a quien quiere oírlo que ellas se han ganado este derecho a participar, precisamente por su pasada participación. Por el otro lado, juegan con la idea de que en cuanto mujeres, y por el solo hecho de serlo, necesariamente harán las cosas mejor que los hombres, quienes siempre han acaparado el poder. A menudo se tiene la impresión que reclaman su cuota de poder sobre la base de cualidades femeninas/maternas *naturales* - responsabilidad hacia las y los demás, mentalidad práctica, sensibilidad hacia los problemas cotidianos, capacidad para olvidar las necesidades propias y dar paso a las necesidades colectivas, preocupación por las generaciones futuras. Sin embargo, esas cualidades, eminentemente sociales, no caracterizan a todas las salvadoreñas, y sobre todo no constituyen el ideal político de todas. Incluso, la propia reflexión feminista desemboca en un cuestionamiento de tal repartición binaria y artificial de los roles sociales. Pero muchas veces existe cierta confusión entre los intereses inmediatos para los cuales parte de las salvadoreñas están luchando, y sus intereses estratégicos, a veces contradictorios con los primeros (Molyneux, 1985). No es ninguna casualidad que sea hasta 1998 - cuando están a punto de celebrar un primer encuentro nacional feminista - que las salvadoreñas hayan mantenido una sutil confusión entre movimiento de mujeres y movimiento feminista. Este esencialismo subyacente, impregnado de exaltación de *La Mujer salvadoreña*, constituye uno de los principales puntos ciegos del movimiento.

Contrariamente a los prejuicios comunes, que frecuentemente presentan la vuelta a la paz como una suerte de no-evento limitado al cese al fuego y a un simple retomar a la vida cotidiana y política *normal*, la posguerra salvadoreña aparece como un período muy complejo, atravesado por cuestionamientos esenciales, en especial para las mujeres y a su iniciativa. Primero, la vuelta a la paz significa muchas cosas diferentes y no es nada *natural* para muchas mujeres, quienes no quieren seguir sirviendo de amortiguadoras para la crisis y para todas clases de sufrimientos, y que tampoco quieren volver a casa como si nada hubiera pasado. Luego, han ocu-

rrido cambios muy profundos, y la sociedad salvadoreña solo los puede absorber, realizando un considerable trabajo social. El movimiento de mujeres y la novedosa reflexión feminista que surgen en aquel momento son el fruto y el instrumento de esas transformaciones. El complejo enraizamiento del movimiento de mujeres en las relaciones sociales de género salvadoreñas explica a la vez su fuerza, su sorprendente libertad de pensamiento, sus ambigüedades y sus límites. Movimiento de oprimidas que no tienen casi nada que perder, se muestra más radical que otros movimientos, más emprendedor, ideológicamente abierto y creativo. Pero, movimiento de oprimidas disponiendo de pocos recursos y apoyos, también queda fácilmente descalificado, o más sencillamente ignorado, y bastante dependiente de recursos financieros externos. Sin embargo, al buscar nuevas maneras de ser mujeres y de hacer política, que incorporen a las transformaciones producidas por la guerra y la lucha revolucionaria y que intenten dar un sentido a una paz aún poco definida, este movimiento se muestra como uno de los principales actores de la posguerra salvadoreña y como un elemento esencial en el proceso de democratización del país.

Bibliografía

Argueta, Manlio (1992): *Un día en la vida*, UCA Editores, San Salvador.

Baires, Gloria; Murguialday, Clara (elaboración e investigación) (1993): *Hacer política desde la mujeres, una propuesta feminista para la participación política de las mujeres salvadoreñas*, Mujeres por la dignidad y la vida Editoras, San Salvador.

Benítez Manaut, Raúl (1989): *La teoría militar y la guerra civil en El Salvador*, UCA Editores, San Salvador.

Cabarrus, Carlos Rafael (1985): "El Salvador, del movimiento campesino a la revolución popular", in: Camacho, Daniel; Menjivar, Rafael (coordinadores), *Movimientos populares en Centroamérica*, UNU, IISUNAM, FLACSO, EDUCA, San José.

Canas, Mercedes (1992): "En El Salvador, muchas mujeres: gracias a la guerra, salimos de las cocinas, dónde sólo estábamos quemándonos", in: *Uno Más Uno*, México, 21 de agosto.

Canas, Mercedes (1989): *Maltrato físico a la mujer salvadoreña*, Tesis para la licenciatura en sociología, UCA, San Salvador, julio.

Carter, Brenda, Loeb, David (1989): *A dream compels us. Voices of Salvadoran women*, New America Press, San Francisco.

Comision de la Verdad (1992-1993): *Informe: De la locura a la esperanza, la guerra de doce años en El Salvador*, Naciones Unidas, San Salvador, New York.

Concertacion de Mujeres por la Paz, la Igualdad y la Dignidad (1992): "Mujeres y planes de reconstrucción. FMLN/GOES: Qué hacer?", Campo pagado, in: *La Prensa Gráfica*, San Salvador, 19 de febrero.

De Fries, Karin (1993): *El movimiento de mujeres en la transición salvadoreña. Mujeres 94 y la coyuntura electoral*, Proyecto de investigación, Universidad de El Salvador, Facultades de Ciencias y Humanidades, Cátedra Cambio social, San Salvador, julio.

Diaz, Nidia (comandante) (1988): *Nunca estuve sola*, UCA Editores, San Salvador.

Falquet, Jules (1994): *Panorama du mouvement après la Sixième rencontre féministe latino-américaine et des Caraïbes, novembre 1993*. pp 133-146. Cahiers du GEDISST, n° 9-10. París: IRESO-CNRS.

Falquet, Jules (1997): *Femmes, projet révolutionnaire, guerre et démocratisation: l'apparition du mouvement des femmes et du féminisme au Salvador, 1970-1994*, Tesis de doctorado de sociología bajo la dirección de Christian Gros, IHEAL-Sorbona, París.

Falquet, Jules (1998): *L'institutionnalisation du féminisme latino-américain et des Caraïbes*, Les Cahiers du GEDISST, n°19.

Falquet, Jules (2000): *Un mouvement désorienté: la 8ème rencontre féministe latino-américaine et des Caraïbes*. Nouvelles Questions Féministes, n°4.

Fundacion 16 de Enero (1993): *Diagnóstico de la situación actual de la mujer ex-combatiente*, F-16, UNICEF, PRODEPAS, PACT, Secretaría de reconstrucción nacional y AID, San Salvador.

Garaizabal, Cristina; Vasquez, Norma (1994): *El dolor invisible de la guerra. Una experiencia de grupos de auto-apoyo con mujeres salvadoreñas*, Talasa, Hablan las mujeres, Mujeres por la dignidad y la vida, Madrid.

Gargallo, Francesca (1987): "Las mujeres en la guerra en El Salvador", Tesis para optar al doctorado en *Estudios Latinoamericanos*, Facultad de Filosofía y letras, UNAM, México, julio.

Lungo Ucles, Mario (1991): *El Salvador en los 80: contrainsurgencia y revolución*, Editorial universitaria, San Salvador.

Martón Baro, Ignacio (compilador), (1990): *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*, UCA, San Salvador.

Martínez, Ana Guadalupe, comandante (1981): *Le Salvador, une femme du front de libération témoigne*, Des Femmes, París.

Molyneux, Maxine (1985): "Mobilization without emancipation? Women's interests, state and revolution in Nicaragua", in: *Feminist Studies*, 11: 2.

Mujeres 94 (1993): *Plataforma de las mujeres salvadoreñas*, San Salvador, septiembre.

Mujeres por la Dignidad y la Vida (1993: 1): *Aspectos sociales y emocionales de la maternidad, memoria de trabajo*, taller realizado los 11, 12 y 13 de mayo 1992, mimeo, San Salvador.

Mujeres por la Dignidad y la Vida (1993: 2): *Los proyectos productivos y la autonomía económica de las mujeres, Las experiencias de Mujeres por la dignidad y la vida en el desarrollo de proyectos con y para las mujeres*, San Salvador, octubre.

Mujeres por la Dignidad y la Vida (1993: 3): *Programa de transferencia de tierras para 25.000 tenedores: cuantos de ellos mujeres?* (Análisis de las discriminaciones hacia las mujeres en la ejecución de transferencia de tierras y propuestas), mimeo.

Navas, María Candelaria (1992): *El acceso de la mujer a la tierra en El Salvador*, Fundación Arias para la paz y el progreso humano, San José.

Navas, María Candelaria, (1987): *Las organizaciones de mujeres en El Salvador, 1975-1985*, Tesis para la maestría en Estudios latinoamericanos, Facultades de Ciencias sociales y políticas, UNAM, México DF, febrero.

Opazo, Andrés, (1985): "El movimiento religioso popular en Centroamérica, 1970-1983", in: Camacho, Daniel, Menjivar, Rafael (coordinadores), *Movimientos populares en Centroamérica*, UNU, IISUNAM, FLACSO, EDUCA, San José.

Red por la Unidad y el Desarrollo de las Mujeres Salvadoreñas (1994): *Cómo los partidos políticos incluyen a las mujeres en sus plataformas políticas*, trabajo realizado bajo el auspicio de PRODERE El Salvador, San Salvador.

Saporta Sternbach, Nancy; Navarro-Aranguren, Marysa; Chuchryk, Patricia; Alvarez, Sonia E. (1992): Feminisms in Latin America, from Bogotá to San Bernardo, in: *Signs*, Vol. 17, n°2, Winter.

Thomson, Marilyn (1986): *Women of El Salvador, the price of freedom*, Zed Books Ltd, Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (no-gubernamental), War on want, London, USA.

Ungo Montenegro, Urania Atenea, (2000): *Para cambiar la vida: política y pensamiento del feminismo en América Latina*, Instituto de la Mujer, Panamá.

Zamora, Angela (1993): *Algunas reflexiones sobre la participación política de las mujeres en el FMLN durante la década de los 70, 80 y principio de los 90*, mimeo, San Salvador, 29 de Julio.